

Chamanes eléctricos en la fiesta del sol

DIANA HIDALGO DELGADO

Pontificia Universidad Católica del Perú

a20206848@pucp.edu.pe

“El oído es el órgano del miedo” (p. 13). Con esta sentencia nietzscheana, Mónica Ojeda inicia el viaje literario y sonoro en su más reciente novela *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol* (2024). Se trata de una experiencia vital vertiginosa en la que la música —los sonidos, los cantos, las canciones— cobra un protagonismo determinante en la historia. Así, la melodía no actúa solo como telón de fondo, sino se convierte en un elemento trascendental que da forma a la propuesta literaria de la autora. La novela está dividida en siete partes y transcurre de manera intercalada entre los años 5540 y 5550 del calendario andino.

Ojeda utiliza la música para tejer una atmósfera en la que el ritmo ancestral se encuentra con la música moderna, y crea un efecto inquietante que resuena a lo largo del relato. Al inicio se presenta el Ruido solar, un festival de música andina que se transforma en una celebración en la que el pulso de los tambores se mezcla con frecuencias electrónicas, sonidos de la naturaleza salvaje y huesos de animales convertidos en instrumentos. Poco a poco, los lectores somos arrastrados a un mundo sonoro abismal: la frontera entre el presente real y lo atávico sobrenatural se disuelve. “El terror es escuchar y no comprender, sentir el peligro sin saber qué es el peligro” (p. 85).

Ruido solar es un gran festival musical, artístico y espiritual que dura ocho días y siete noches. Se lleva a cabo en las laderas del volcán Chimborazo, en la sierra central de Ecuador. Su motivo principal es la celebración del Inti Raymi (fiesta del dios Sol), que congrega a músicos, poetas, chamanes, bailarines, *performers* y artistas. Todos llegan hipnotizados por los ritmos y bailes, así como por la naturaleza salvaje y ominosa que alberga a esta festividad. Arriban al volcán para entregarse a la música y a los estruendos de sus miedos, en torno a un paisaje de geografía difícil.



Chamanes eléctricos en la fiesta del sol

Mónica Ojeda
Random House
Barcelona, 2024, 288 pp.

Noa y Nicole, jóvenes y mejores amigas, llegan desde Guayaquil impulsadas por la aventura, pero también huyendo de la violencia social y familiar que enfrentan en su vida diaria. La historia de Noa es particularmente compleja, pues está profundamente afectada por la ausencia del padre, quien la abandonó cuando era niña, dejándola con una madre con quien vive una relación problemática. Este daño y tristeza, sumado a las experiencias intensas que experimenta durante el festival, se manifiestan en ella mediante pesadillas, apariciones y un comportamiento extraño y espectral que asusta y asombra a Nicole y a la pequeña comunidad que forman con otros jóvenes: Mario, Pamela y Pedro.

Noa, además, es la única capaz de escuchar los sonidos ocultos de la naturaleza, incluso las melodías de otros tiempos. “Oigo truenos que ya ocurrieron, dice el día del caos de la

yeguada. Oigo a la tierra en llamas. Por las noches, cuando Noa camina al revés hacia el volcán, los demás la observan entre perturbados e interesados. Ese andar durmiente, que parece una posesión o un trance fantasmagórico, les inspira respeto por la tierra que habitan. Según ellos, es la tierra la que trae el wayra enfermo, la que levanta el cuerpo de Noa y lo retuerce hasta sacar de él una coreografía oculta” (p. 62). Noa no puede dejar de oír el miedo y, al mismo tiempo, arde en su deseo de encontrar a su padre y confrontarlo.

Ojeda continúa en esta novela con la exploración de los abismos e intersecciones entre el miedo y la belleza, así como la problemática de las relaciones filiales —tanto maternas como paternas— rotas y desviadas. Temas que también ha abordado en su poemario *Historia de la leche* (2019), y en su novela *Mandíbula* (2018), así como en algunos cuentos de *Las voladoras* (2020).

En *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol*, la capacidad de Ojeda para utilizar el sonido como herramienta narrativa se refleja en su prosa lírica y poética. El lenguaje es musical como la propia música que describe, con frases que se despliegan en una cadencia por momentos rítmica. Ojeda despliega una rica paleta sonora que construye una atmósfera que trasciende el contexto musical, utilizando el ritmo y los sonidos como vehículos para una experiencia narrativa tanto hipnótica como perturbadora.

Cada ritmo y susurro tienen una resonancia emocional y simbólica. En esta novela, la sonoridad de la obra es un reflejo de las complejidades internas de sus personajes. La prosa musical se convierte en un espejo que nos muestra el tumulto emocional, el conflicto interno y la desorientación que experimentan los protagonistas, especialmente en el contexto de la búsqueda personal y familiar que define gran parte de la trama, así como el ambiente violento, de miedo y de peligro en el que se desenvuelven.